

DOS ACCIONES NAVALES POCO CONOCIDAS

COMBATE NAVAL ENTRE ARAGONESES Y PISANOS

Antonio Luis MARTÍNEZ Y GUANTER



UNA vez asegurada la isla de Cerdeña, el rey don Jaime II de Aragón quiso poner un gobernador en aquella isla, en la que venía ejerciendo el cargo el almirante de Aragón don Francisco Carrós, para dejar libre al almirante y que no tuviera que solucionar tanto problemas en la mar como en la isla. La idea no era mala, pero en el siglo XIV eso solía ser muestra de pérdida de confianza por el monarca, lo cual no gustó nada a don Francisco. Pero esto es tema aparte, ya que la razón al final fue del almirante y no del nuevo gobernador.

Para cumplir la real orden se dispuso de dos galeras, las cuales fueron abordadas por el recién nombrado gobernador de la isla de Cerdeña, don Ramón de Peralta, al que acompañaban unos 150 caballeros de los mejores del reino. Ya todos a bordo zarparon del puerto de Salou el día 21 de diciembre del año de 1326 con rumbo a la isla: primero a remo y, cuando saltó un viento favorable, se navegó con éste y por remo a cuarteles a un ritmo de dos paladas por minuto.

El día 25, la galera que portaba a don Ramón de Peralta arribó a un surgidero próximo al de Bonayre; pero su compañera, algo menos afortunada, se retrasó y no pudo arribar. Para evitar males mayores su capitán decidió quedarse algo alejado de la costa por haberse hecho de noche y no arriesgar en aguas desconocidas la nave.

Al amanecer del día siguiente, la galera que estaba en la mar se encontró de pronto con doce pisanas, que iban de vuelta encontrada y no muy contentas por ser parte de los restos que el día anterior habían sido vencidas por el almirante don Francisco Carrós en el combate de Caller, estando al mando de don Gaspar de Oria, a las que les seguían otras cinco y tres leños. En total, veinte buques contra uno.



Jaime II de Aragón.

Ante tan desigual encuentro era lógico que el capitán aragonés ordenara inmediatamente boga de «arrancada» (cuatro paladas por minuto), pero en dirección opuesta para huir de los pisanos y evitar un encuentro que sólo podría acarrear la pérdida de numerosas vidas. Quiso la suerte que el viento rolara en contra de las galeras pisanas, lo que sumado al cansancio de sus hombres debido al combate del día anterior hacía prácticamente inútil el intento de dar alcance a la galera aragonesa por lo mucho que les costaba avanzar. Pero al mismo tiempo habían divisado a la galera de don Ramón Peralta, que se encontraba a resguardo de la mar en el surgidero, así que decidieron abandonar la caza de la primera y dirigir sus esfuerzos a capturar la segun-

da, ya que nada indicaba que se fuera a mover de allí.

Don Ramón, viendo que dejaban de perseguir a su compañera y que aprobaban con rumbo al surgidero, reunió a todos los caballeros y les dijo que las posibilidades de éxito eran nulas, ya que se les venían encima nada más y nada menos que veinte buques con un gran número de hombres a bordo. Pero todos decidieron combatir sin tregua, defendiendo a su rey y su pabellón hasta morir, por lo que se prepararon las pavesas y se proveyeron de todo el armamento posible, dispuestos a cumplir su palabra.

Arribó a ellos la escuadra y les atacaron con cuatro galeras, que intentaron pasar al abordaje, pero fueron rechazadas totalmente. Éstas fueron sustituidas por otras cuatro, que igualmente fueron rechazadas después de dos intentos de abordaje. Viendo que no podían con la galera aragonesa, reanudaron un nuevo ataque, esta vez con seis, pero al igual que en ocasiones anteriores los pisanos fueron de nuevo devueltos a sus naves y no muy bien tratados.

Sin poderse creer lo que estaba sucediendo, lo intentaron de nuevo, pero esta vez con palabras, conminándoles a darse por vencidos y rendirse, a lo que Peralta les respondió que hicieren su deber, que él sabía cumplir el suyo.

Esto enfureció a los pisanos, así que Oria dio orden de dividirse en cinco formaciones y lanzarse todas a la vez contra la galera, recibiendo ésta el ataque por proa, popa, los dos costados y por la amura de babor.

Los aragoneses parecían estar en todas partes al mismo tiempo: mientras unos apagaban el incendio de las velas, otros corrían por la cubierta para reforzar los diferentes ataques, siempre acudiendo al punto de mayor riesgo, y cuando en ese punto ya estaba controlada la situación, volvían a acudir en apoyo de otro punto de la galera que en ese momento sufría el envite enemigo. Al mismo tiempo, cuando algunos de los caballeros caían heridos eran llevados a un punto más seguro, desde el cual seguían apoyando a sus compañeros con la ballesta, que a forma de francotiradores no era poco el apoyo que significaban, manteniéndose en esa situación hasta que sus fuerzas les impedían continuar.

Sabedores de que todo era aprovechable, cuando un dardo enemigo se clavaba en la empalizada o daba en alguna madera, éste era arrancado y puesto de nuevo en la ballesta, desde donde lo devolvían al enemigo. Igualmente, si alguno daba en los cuerpos de los caballeros en los lugares no protegidos por la armadura, se lo desclavaban y efectuaban la misma operación. Todo esto, observado por los enemigos, les iba restando valor y moral.

Una de la galeras enemigas, dispuesta a todo para acabar con aquella tragedia, se dirigió a boga arrancada contra la aragonesa y lanzó innumerables arpeos para aferrarse, para conseguir al menos servir de puente al resto. Pero la reacción de los caballeros fue inmediata y se lanzaron con todas sus fuerzas, unos a picar los cables de amarre, otros a lanzar todo tipo de piedras, hierros e incluso troncos, mientras otro grupo lanzó unos cabos que se enredaron en el palo mayor de la galera enemiga, y comenzaron a tirar de ellos con tanta fuerza que la nave perdió estabilidad y todos sus tripulantes se vinieron sobre la banda. Debido al peso el buque escoró y, por estar su casco en muy mal estado debido al golpe de la embestida contra la galera aragonesa, se abrió y se fue a pique en pocos minutos.

Esto hizo que a partir de entonces se limitaran a separarse y lanzar todo tipo de armas arrojadas sobre la galera aragonesa, pues resultaba imposible creer la resistencia del casco y el valor de su dotación, que parecían hacerla inexpugnable. Pero incluso esta forma de combatir era contraria a los enemigos, ya que la galera aragonesa era gruesa (de las de más de veintiséis remos) y las enemigas bastardas (de entre veintidós y veinticuatro), por lo que estas armas eran devueltas al enemigo si impactaban en la pavesa, añadiéndose que la aragonesa era más alta de borda por su mayor tamaño, lo que la convertía en casi un mirador sobre la enemiga, de forma que sus oponentes quedaban todos a la vista y al descubierto de las armas aragonesas, por lo que, dada la gran cantidad de gente amontonada sobre las galeras, era casi imposible fallar.

Sin saber muy bien dónde estaba el fallo de sus ataques, faltos ya de materiales arrojadizos e incluso de simples dardos, decidieron pasar a otra táctica, que no era otra que la de embestir con sus proas todos a la vez a la aragonesa; así que enfurecidos por su fracaso se separaron del vaso aragonés, viraron y, a boga arrancada, se abalanzaron sobre ella, no dejando de hacerlo hasta ser frenados por la estructura de la galera.

La aragonesa soportó perfectamente el choque, mientras que las enemigas quedaron todas sin espolón (las pocas que aún lo tenían). Viendo que ni así se podía partir el vaso, cada capitán pasó a mandar sucesivos ataques, igualmente bien soportados por la galera aragonesa, ya que, aunque de forma individual, se trataba del mismo procedimiento usado anteriormente, lo que convenció definitivamente a los pisanos de la imposibilidad de doblegar la pertinaz resistencia de los caballeros de Aragón.

Ya había comenzado a anochecer, y esto les indicó que la caza había terminado, pues sus galeras estaban todas en muy malas condiciones. Sus proas estaban destrozadas y, si la mar se embravecía, se irían a pique sin remedio. Así, maltrechos los vasos, fuera de sí los capitanes, que no lograban entender tan poderosa defensa, agotados los combatientes y totalmente desmoralizados, bogaron para ir separándose de la invencible galera aragonesa y abandonar el lugar del combate.

El combate duró nueve horas y se recibieron ocho ataques. Los gibelinos perdieron una galera y más de quinientos hombres, doscientos de ellos en la galera hundida. El número total a bordo de los veinte buques al comenzar el combate ascendía a dos mil quinientos hombres de armas. Por parte de Aragón quedó la misma galera y sólo hubo que lamentar un muerto y cuarenta heridos de los casi doscientos que iban en ella: los ciento cincuenta caballeros, más algunos sirvientes.

No sabemos si en los anales de la historia naval existe un caso siquiera parecido. Es casi imposible creerlo, de no ser por estar documentado por los escritos de varios de los caballeros, así como el que envió don Ramón de Peralta a su rey y que se encuentra en el Archivo del Reino de Aragón.

BIBLIOGRAFÍA

- SALAS Y GONZÁLEZ, Francisco Javier: *Marina Española de la Edad Media*. Imprenta Ministerio de Marina. Tomo I, 1925, 2.^a Edición. Tomo II, 1927. Edición póstuma.
- ZURITA, Jerónimo: *Anales de la Corona de Aragón*. CSIC, Institución «Fernando el Católico». Zaragoza 1967. Facsímil de la Edición Príncipe de 1562 y la mejorada de 1585.